

sentimental, en que más frecuentemente se manifiesta. En cambio, en una época de valoración negativa parece aumentar el número de los activos extravertidos y antimelancólicos. He empleado un cauteloso «parece» porque no hay estadísticas que nos lo asegure, pero las condiciones de vida de cada época favorecen el desarrollo de determinados tipos, y los que no concuerdan con esas condiciones, o se reducen o quedan ocultos tras los otros.

¿Cuántos podrían aplicarse hoy los versos juanramonianos: «Mi alma es hermana del cielo/gris y de las hojas secas./¡Viento triste del otoño,/pásame con tu tristeza!»? Supone esto una quietud y una introversión difícilmente compatible con la prisa, los constantes cambios, la tensión y la inseguridad de nuestro mundo. Los tipos extravertidos y poco emotivos son los que mejor se adaptan, porque pueden comer y dormir a cualquier hora, no adquirir hábitos fijos, acomodarse a climas y modos de vida muy diversos y vivir un momento de tensión sin que les altere sus nervios, por su escasa emotividad. Así parece que el momento es favorable a los sanguíneos, y, en segundo lugar, a los coléricos y los tipos no emotivos y activos en general.

El peligro de esta situación humana reside en la falta de vida interior. Cuando el trabajo o cualquier otra forma de extraversión no le ocupa, el hombre así caracterizado, se siente perdido, y de aquí la dificultad de emplear el tiempo libre en los países de gran desarrollo, porque, por dentro, el hombre está vacío. Si la melancolía es un mal enconado —«malenconía», antiguamente—, su ausencia completa es signo de desinteriorización, algo así como «acción enconada», que, como todo exceso, es perturbadora.

En cuanto a los tópicos poéticos de la melancolía otoñal—frutas maduras, hojas doradas o ya secas y caídas, cielo que engrisece, lluvia sedante, blandos aires—son símbolos de nuestra interior melancolía, cuando parece irse apagando—que es sólo hacerse latente—la vida en la naturaleza hasta el estallido primaveral. Y ahora, cuando la vida en las ciudades se ha descompasado del ritmo cíclico de la naturaleza, acaso no fuera malo que alguien, a pesar de la desvalorización, sintiera la melancolía del otoño.



## LILLIUM VALLI

¡Rosas para la dulce Señora de las Flores!

¡Que el páramo dé rosas y florezca el erial!

Y se cubran de nardos la montaña y el mar!

¡Que la Reina divina toda hierba bendiga,

que haga fecundo en vivas corolas al ciprés

Y en florecitas vuelva cada mínima espiga!;

¡Que los pastos del campo graneen bajo sus pies!

¡La Virgen de las Flores tenga un altar de rosas;

Una ermita radiante alce su camarín!

¡La Virgen de las Flores haga de cada cosa

Un capullo que estalle en magnolia o jazmín!

Señora del prodigio: toma esta margarita

De mi verso pequeño que floreció por ti,

Y posa sobre ella tu mirada bendita

Para que se haga dulce corola de rubí.

Juana de IBARBOUROU